

# LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

TRADUCCION AL INGLÉS

## DEL BUSCAPIÉ.

Motivo de orgullo es para un español amante de sus glorias literarias ver en lenguas extrañas las producciones de los ingenios de nuestro país, y estimados cual se merecen los eruditos trabajos de un compatriota. Digo á propósito de la traducción que del Buscapié ha hecho al inglés la señorita Tomasa Ross en el periódico Bentley's Miscellany, la cual ha dado en esta traducción señaladas muestras de sus conocimientos así de la lengua, como de la literatura española, pues no tan solo ha trasladado á su lengua con la posible propiedad el texto de la obra de Cervantes, sino que ha puesto de su parte algunas notas, que si bien serian superfluas para un español, no son ni pueden serlo para un inglés, que no está obligado á conocer raras voces, y ciertos refranes. Por ejemplo, hablando del cuartago del Bachiller, dice el autor del Quijote, «como el nieto de Babieca &c.» y anota esta palabra la traductora del modo siguiente: «Babieca was the name of the Cid's favorite horse», esto es, que era el nombre del caballo predilecto del Cid. Cuando Cervantes hace la graciosísima pintura del Bachiller recordarán nuestros lectores que refiriéndose á la corcoba, dice que la llevaba en las espaldas como si fuera soneto de *estrambote*. Esta voz conocida de todos los españoles ilustrados, merecia una esplicación en una obra inglesa, porque era imposible encontrar su correspondiente en aquella lengua: así lo comprendió Miss Ross al agregar la siguiente nota: the old Spanish poets occasionally lengthened their

sonnets by offixing to them a few additional lines. The lines so added were called *ted estrambote*. Lo que en resumen significa que se llamaban *estrambote* las líneas que al fin de los sonetos acostumbraban poner los antiguos poetas españoles. Pudiéramos citar otras varias advertencias que hacen gran honor á la entendida traductora, á mas de algunas observaciones de importancia que prueban la reflexion y el tino con que ha ejecutado la gran empresa de trasladar á un idioma extraño los pensamientos, y los giros de Cervantes; pero tememos distraer con tantas citas la atencion de nuestros lectores. Sin embargo, no podemos menos de hacer observar que nos ha llamado sobre manera la atencion una nota que trae con motivo de la hermosa y exagerada pintura que de su caballo hace el Bachiller. Dice así: The deduction of the student in respect to the merit of his horse, would seem intended to have some reference to the hallucinations and mistakes of the Knight of la Mancha. Lo cual brevemente viene á decir, que las ilusiones del bachiller relativamente al mérito de su caballo deben tener relacion con los engaños y alucinaciones de D. Quijote. Estas pocas palabras demuestran en mi concepto que la señorita Ross ha comprendido bien el verdadero objeto del Buscapié, y la intencion de Cervantes al pintar su Bachiller, y poner en boca suya esos ataques contra la posibilidad de los devaneos y locuras del ilustre manchego, notándose que al propio tiempo que hace una fuerte censura el estudiante, da sin advertirlo en sus palabras señaladas pruebas de ser, aun cuando de otro género. un ente no menos maniático que el héroe de la Mancha. Tan cierto es que tenemos abiertos los ojos para ver los desvaríos ajenos, y completamente cerrados para descubrir los nuestros.

Quando he leído la traducción de que me

ocupo, no obstante la regular precision en la correspondencia de los vocablos, eché de ver en la omision de algunas palabras chistosas y de algunas graciosas escenas, que era la traductora una señorita, y una señorita inglesa: pues creyó ofendia á su pudor el trasladar fielmente á su idioma ciertas voces y escenas algo libres que suelen encontrarse en la preciosa obrita del inmortal Cervantes; pero si bien esto hace honor á la mujer, no así á la escritora, que en estos casos debió prescindir de su sexo, y atender solo á la verdad de la traduccion; de lo contrario no debió haberla emprendido jamás.

Bien es cierto que las costumbres, y sobre todo la hipocresia inglesa, no toleran entre señoras el uso de ciertas palabras bien sencillas, y que en nada ofenderian á los oidos de la mas casta niña española; ejemplo de ello, estar mal mirado el uso de la palabra calzones: pero esto no es bastante para disculpar á la traductora, que no estaba en la obligacion de acometer un trabajo que le podia costar alguna repugnancia.

Tambien he echado de menos en la referida traduccion el lindisimo prólogo al Buscapié, en donde tanto se descubre el corte de la pluma de Cervantes; y cuenta que en esto no sé cómo podrá disculparse la traductora.

Bien conozco que una revista no es un libro, en el cual pueda tener fácil cabida todo un tomo, como el que componen el testo y las importantes notas que le acompañan; pero las dimensiones del prólogo eran bien cortas para no poder ser colocadas en un periódico, que consagra hojas enteras á las barricadas de junio y á otras novedades de esta especie.

Con respecto á las notas con que mi estimadísimo amigo ha sabido adornar el precioso librito de Cervantes, debo decir en honor de la verdad que la traductora no ha dejado de comprender todo el mérito que ellas encierran, y prueba de ello que despues de hacer mencion honorifica de tan erudito y entendido jóven, y manifestar de cuanto le es deudora la literatura española, agrega que la obra del Buscapié está acompañada de notas bibliográficas interesantes y de gran valor (accompanied by much valuable and interesting bibliographic notes). Pero no se ha contentado la literata inglesa con hacer mencion de ellas, sino que ha extraído muchas sin embargo de lo estrecho de los límites de una revista, habiendo insertado integras algunas, como por ejemplo aquella en

que se da noticia del tabernero Colmenares; advirtiendole que si no ha extraído otras ha sido por no considerarlas tan importantes para los ingleses, como lo son para los españoles amigos de nuestras riquezas literarias.

Verdad es que algunas de las notas omitidas son de bastante interés, y á mas necesarias para la inteligencia del testo; pero no debemos juzgar la traduccion emprendida por Miss Ross, como una obra maestra, sino como un trabajo dedicado á un periódico, y en este concepto no deja de tener algun mérito, tanto mas cuanto que la lengua de Cervantes es muy poco conocida de los hijos de la Gran Bretaña.

De todos modos, doy mi mas sincero parabien á mi modestísimo amigo D. Adolfo Castro, por la satisfaccion que debe caberle en ver apreciados cual se merecen sus trabajos y desvelos, así por los propios como por los estranos.

J. R.

# ORIENTAL.

## NIRÉA.

I.

Es de Bagdad Niréa la señora,  
 Y de Mahomad la flor mas atendida:  
 Linda, inocente, dulce y seductora,  
 En su seno el amor virgen se anida.  
 Por eso en su serrallo custodiada  
 Por cien guardias la tiene el Emir fuerte;  
 Y para el que lance una mirada  
 Ha mandado fijar firman de muerte.  
 Es Niréa, de negros ojos grandes,  
 De niveos dientes y de sien serena,  
 Y á las águilas pardas de los Andes  
 Se asemeja su faz en lo morena.  
 Su voz es mas sonora que las brisas,  
 Y sus labios la flor de la granada,  
 Cuando los abren las livianas risas  
 Perfuman cual la rosa á la alborada.  
 Por eso su señor entre millares

De hermosuras compróla con gran prisa  
Un día recorriendo los bazares  
De las ruinosas plazas de Larisa.

Y la cuida cual flor que abrirse empieza,  
Y la ceda cual fruta que sazona:  
¡Ay del que atente á la simpar belleza,  
La muerte á su atentado se eslabona!  
¡Por qué siendo Niréa la Señora  
Cuando el galán Emir tierno la halaga,  
La hermosa niña inconsolable llora  
Y de su faz la lozania apaga.

¿Ha tenido en sus sueños virginales  
Fantasmas de terror? ¿ó tuvo acaso  
Imágenes de seres ideales  
Que riegan esperanzas al acaso?

Una tranquila noche de verano,  
Salió á gozar el fresco á su ventana,  
Y oyó el cantar sensible de un cristiano  
Cautivo, y conociólo á la mañana.

Y Niréa le dió por un suspiro,  
Que el cautivo anhelante le ofreció,  
Su hermoso velo fabricado en Tiro,  
Y á mas una esperanza que adoró.

Los amantes al fin, se separaron  
Llenos de amor incomparable y tierno,  
Y entrambos por el cielo se juraron  
Verse una noche del airado invierno.

## II.

Por la arabesca ventana  
de la encantada Niréa,  
ha crecido en el otoño  
una verde enredadera.  
Y por Dios que el jardinero  
cautivo, mucho la aprecia,  
pues cuando amanece el día  
es la primer flor que riega.  
Por las tardes la cobija  
con ancho velo de yerbas,  
pues no quiere que la azoten  
de noche las aves negras.  
Y pasa á las luces pálidas  
de las divinas estrellas,  
largas horas enredado  
en su linda enredadera.  
¿Qué enredo estará fraguando,  
el que enredando se lleva  
la enredadera á la hora

que el cielo enredó tinieblas?  
El enredador cautivo,  
sin duda se enredó en ella,  
por enredos del Dios ciego,  
que el amor todo lo enreda.

Negros los azares son  
de la amorosa Nirea,  
como son negros sus ojos,  
como son negras sus cejas.  
Y entre negras esperanzas,  
sentada se halla en su reja,  
en la sombras de una noche  
mas que sus pesares negra.  
A poco escuchó un ruido  
entre la hojarasca espesa,  
y oyó una voz que le dijo  
con dulcisima terneza:

—¿Por qué jime cautiva la amorosa paloma?  
¿Por qué en redes de oro, aprisionada está?  
Mas oro el sol derrama en la desierta loma,  
Entre los mansos vientos de feliz libertad.»

Y replicó Niréa. «Por un pálido rayo  
Del Sol que dora el campo, diera mi juventud:  
Malditos son los vientos que olean el serrallo,  
Y malditos los goces que hay en la esclavitud.»

Y respondió el cautivo. «¿Quiéres mirar mañana  
La salida del alba en el desierto, dí,  
Y saludar alegre la santa caravana  
Que cruza por el llano de la Arabia feliz?

¿Quiéres ver como suenan los céfiros suaves,  
Morena de mis ojos, en el verde breñal,  
Y cómo se enamoran las inocentes aves  
En los libres espacios que hay en la inmensidad?

¿Quiéres ver cómo crecen las virginales flores  
En el silvestre seno del orden natural?  
¿Quiéres saber dó vive el Dios de los amores  
En los libres misterios que hay en la soledad?»

Y respondió Niréa. «Apronta tu caballo,  
Negra es la triste noche aun mas que mi dolor,  
Dormido está el imbécil eunuco del serrallo.  
Cautivo, si me salvas, adoraré tu Dios.»

Voz se escuchó: de bendiciones era.  
El cautivo á la reja se colgó,

Vino al suelo la hermosa enredadera,  
Porque la reja al fin se desplomó.

Partieron en las sombras los amantes.  
Cuando á la tierra el Sol daba su luz,  
Del serrallo infernal ambos distantes,  
Niréa y el esclavo, delirantes  
Al pié rezaban de una Santa Cruz.

### III.

¿Qué hay en Bagdad, que el mas ruin vasallo  
Tiembla? la voz de Mahomad sonó,  
Colgadas en las puertas del Serrallo  
Cien cabeza se ven, él las cortó.

Cayó la flor del árbol mas querido  
Que en el huerto de amor tuvo Mahomad.  
Niréa y un esclavo se han huido:  
Mahomad, no brames, que es amor perdido  
Aquel que no nació en la voluntad.

J. S. P.

## LAS DOS SOMBRAS.

Una caravana hizo alto en el camino que conduce á Bagdad.

—Yo te prometo si me das lo que te pido, dijo Nurredin á Amina, siete vestiduras iguales á las que en las *noches ciento y una y ciento dos* se figuró Scheherazade para divertir al sultan Seheriar.

—Ya no me acuerdo de esos cuentos, dijo Amina retirando la mano que ya apretaba demasiado Nurredin.

—Pues voy á enseñarte las vestiduras, respondió Nurredin; y haciendo arrodillar al primero de sus tres camellos sacó de debajo del cuero que cubria su preciosa carga un bulto cuidadosamente envuelto, y sobre la grupa del animal, que permanecia arrodillado, desplegó una magnífica estofa que hizo prorumpir á Amina en un grito de admiración.

—¿Qué representa, preguntó la doncella de Bagdad á Nurredin, esta hermosa vestidura azul y blanca?

—Hermosa mía, respondió el enamorado mercader, representa un día de la creación con todas las aves que salieron de la manga del profeta. Cuando te ciñas con ella ese gracioso cuerpo, el pájaro Roch aburrará con sus alas tu delicada cintura, las tórtolas se arrullarán sobre tus hombros, Bulbul cantará sobre tu seno. Serás la reina de las aves, y no sabrán cuando andes si te llevan á ti los pájaros ó si los llevas tú.

—Veamos la segunda estofa.

El mercader de Bassorah dobló la primera vestidura y desplegó la segunda sobre la grupa del dócil camello.

Amina lanzó un segundo grito de admiración.

—Espícame lo que significa esa soberbia vestidura de plata que una reina llevaría con orgullo. Nurredin hesó á la curiosa doncella la puntita de los dedos, y le dijo:

—Esta estofa enseña cómo se compone la esencia de rosa. ¡Hé aquí la ciudad de los rosales! ¿No parece que se pueden coger esas hermosas flores? Aquí está la pila donde se destila la rosa al ponerse el sol, y de donde al amanecer sale al despuntar el día. El marino trae el óleo embalsamador y dorado que las hojas destilan. Mas allí están los frascos donde se vierte la preciosa esencia, y el de cristal de roca puro destinado para el rey de los reyes, el caudillo de los creyentes. Cuando lleves esta vestidura creerán que llevas en tu hermosa y graciosa cuerpo las rosas y sus perfumes.

—Enseñame ahora la tercera.

El complaciente Nurredin desplegó la tercera estofa sobre el lomo del camello y Amina sintió enajenada su alma en un éxtasis delicioso.

—¡Toda de oro puro!

—Toda de oro, con la sentencia de nuestros grandes doctores.

—¡Cuánta riqueza, Nurredin!

—Riqueza de cuerpo y alma, hermosa doncella. Leerán todas las palabras del elocuente Agib al rededor de tu esbelta cintura, y repetirán: «La mujer morena es un tesoro, la blanca es una perla, la blanca de ojos negros es un collar.» Y tú serás el tesoro, la perla y el collar.

Y dichas estas palabras imprimió Nurredin un beso en el cuello de la perla, del tesoro y del collar.

(1) De la *Gaceta de Teatros*, periódico literario de la Corte, copiamos este ingeniosísimo cuento oriental, persuadidos que será del agrado de nuestros lectores.

—A ver ahora la cuarta vestidura.

Siempre con la misma complacencia, desplegó Nurreddin sucesivamente la cuarta estofa, que era de oro y de perlas, la quinta que era de rubies, la sexta que era de perlas y de oro, y finalmente la sétima que era aun mas hermosa y rica que las seis primeras. Tan enajenada al verlas quedó Amina, que se dejó dar sucesivamente siete besos.

Y dijo Nurreddin á la doncella, despues de haberlas vuelto á doblar y haber hecho levantarse al camello:

—¿Quiéres que estas siete vestiduras sean tuyas como las estrellas del cielo son de Allah!

—No es bastante, Nurreddin: hermoso eres y elegante mas que todos los mercaderes de Bassorah; pero despues en Bagdad nadie me querrá por esposa.

—¿Por qué, bella Amina?

—Porque con tan ricas vestiduras nadie se creerá bastante poderoso para comprarme otras cuando estas se me acaben, y aunque los mancebos me deseen, ninguno se atreverá á pedir mi mano.

—Quisiera yo, hermosa Amina, que fuese mia toda esta caravana, en la cual solo tengo tres camellos.

—No soy tan ambiciosa, Nurreddin. Siete vestiduras son poco, mas una caravana es demasiado.

—Te daria estos tres camellos; pero solo uno me pertenece, porque los otros dos son de mi mejor amigo y de mi hermana Zobeida.

—Así sois todos los de Bassorah: largos en prometer y escasos en dar. Y la doncella se despidió del mercader.

—Ven acá, hermosa mia, vuelve y escucha. Tuyos son los tres camellos con sus cargas; estofas, ámbar, polvo de oro, marfil, alcanfor, esencia de rosa, todo te pertenece como mi corazón. Pero mañana, al despuntar el día, espérame á la vera de este mismo camino, yo vendré solo.

—Sí, los dos solos, Nurreddin.

Y la caravana, que volvia de la India continuó su marcha hácia Bagdad, ó mas bien hácia el mercado poco distante de aquella ciudad.

Era un golpe de vista magnífico. Desde lo alto de una montaña hasta el fondo del valle, á cuya estremidad se veian brillar las cúpulas de las mezquitas de Bagdad, se estendia una inmensa fila de camellos, marchando de dos en dos, ondulando con sus cabezas y sus grupas como las olas de la

mar. Los dueños iban montados en ellos, y los esclavos, casi colgados del ronzal, iban anunciando con aguda gritería su llegada á los factores del mercado. Componíase la caravana de mas de dos mil camellos; cada conductor llevaba su fusil, un par de pistolas de Damasco al cinto, y un puñal al costado.

Ya se ha visto que Amina no habia dejado de aprovecharse de la parada de la caravana bajo los muros de Bagdad. Veamos ahora qué hicieron ella y el mercader hasta la hora de su cita.

Amina tomó tres baños: uno de rosa, otro de clavel, y otro de agua de peña: se pintó las cejas, se dió color en las mejillas, y mascó varias raices para tener la dentadura blanca y esmaltada. Trenzó con arte su cabello y cubrió sus delicados pies con babuchas de piel de gacela.

¿Cómo pasó la noche Nurreddin?

Hizo primeramente sus oraciones, pidió perdón á Dios y á su profeta por haber prometido á una doncella tres camellos, de los cuales solo uno era suyo. Oró y recitó con sumision y humildad el trecentésimo versículo del Koran en que se condena al hombre de mala vida; pero Amina era tan hermosa y tentadora, que pudo mas que su mejor amigo, su hermana Zobeida, el trecentésimo versículo del Koran, Dios y su profeta. En una palabra, pidió perdón á Allah de su delito con la firme resolucion de acudir á la cita.

Procuró sin embargo alejarse embriagándose con opio, con la esperanza de que una embriaguez acabaria con la otra, á la manera que un amor nuevo estingue los dolores de un antiguo amor.

Su sueño letárgico fué sumamente dulce: soñó que toda la caravana le pertenecia, con camellos y guías. De todas partes le saludaban saliéndole al encuentro y gritando: ¡Allah bendiga al poderoso Nurreddin! ¡Nurreddin es rico y generoso! ¡viva Nurreddin!

La primera parte de su sueño fué ciertamente agradable: mas lo fué la segunda todavía.

Despues de verse colmado de riquezas se le representó la hermosa Amina, la doncella de Bagdad, que le salia al encuentro llena de ternura y de abandono. Sin esperar á que ella le pidiese tesoros y perlas la llenó un gran cesto, dos cestos, tanto y mas de lo que una mujer puede desear. Por su parte la bella Amina no economizó tampoco sus favores y se despojó de toda la esquivéz que habia notado en ella por la mañana.

Así que, el mas rico de los hombres en sueño, fue tambien en sueño el mas feliz de los hijos del profeta. Su dicha no se puede describir ni aun en estilo oriental.

Al despertar se halló Nurredin tan contento con la pasada ilusion, que creyó no valia ya la pena buscar la realidad. Algo hipócrita, como son todos los hombres, trató de persuadirse á sí mismo de que hacia un gran sacrificio á su deber renunciando á la cita que tenia con Amina.

En esta resolucion llegó la noche, y permaneci6 quieto en su divan. Empezó á aclarar el cielo con el primer albor matutino y continuó igualmente tranquilo, se recostó en sus almohadones y se puso á fumar con la mayor indolencia.

Amina acudió al paraje designado, fresca como un heliotropio con los tres baños de la noche anterior. Nadie salió á su encuentro: Bulbul dejó de cantar. El horizonte empezó á teñirse de rojo, despues se puso de color rosado, de rosado pasó á blanco, de blanco á amarillo, y no parecia por el camino alma viviente. Amina se fastidió al principio, se enfadó despues, y concluyó prorumpiendo contra Nurredin en una retahíla de epítetos á cual mas dulces y halagüenos, y tan sonoros en lengua oriental como en cualquier idioma del mundo.

Resuelta á vengarse del ultraje recibido, se presentó ante el Cadí, y le dijo:

—¡Venerable Cadí!

—¿Qué tienes, hija mía? la respondió el juez.

—Un mercader de la caravana...

—¿Qué hay con el mercader?...

—Me dijo que gustaba de mi.

—Bien, hasta ahora no hay nada malo.

—Me prometió siete vestiduras y tres camellos.

—Está bien: ¿y qué mas?

—Y yo le prometí acudir á una cita que me dió para hoy antes de amanecer, en el camino de Bagdad.

—Corriente. Él ha acudido á la cita, pero sin las vestiduras y sin los tres camellos, ¿no es así?

—Todo lo contrario; no ha acudido. Los camellos están descansando en el mercado, y él estará recostado en su divan.

—¿Cuál es, pues, tu queja?

—Venerable Cadí, me quejo de que por haber soñado que yo le pertenecía no quiere ya cumplir su palabra; y me parece que si yo, en sueños ó en realidad, que eso no importa, soy la que he dejado satisfecha su pasion, es muy justo que yo

tambien quede contenta. ¡Justicia, Cadí, justicia!

Como hombre lleno de saber y de experiencia, y con toda la indignidad de juez turco, respondió el Cadí á Amina:

—Se te hará justicia. É inmediatamente entendió una citacion para que Nurredin de Bassorah compareciese á la misma hora y en el mismo paraje designados para la cita, seguido de sus tres camellos con su cargamento.

—¿Estás ahora contenta, niña?

—Sí, Cadí: ¡mil bendiciones sobre vos!... ¿Pero qué tengo que hacer ahora?

—Nada mas que acudir al paraje á donde queda citado Nurredin, á la misma hora.

—Ya lo entiendo, dijo la doncella. Quereis sin duda que el lugar del delito sea el lugar de la expiacion.

—El sol alumbrará mi justicia.

Y se retiró en seguida Amina.

Por fin, murmuraba esta saliendo del tribunal, recobraré mis vestiduras y mis tres camellos.

Antes de despuntar el sol estaba ya Amina esperando á la vera del camino, bajo los muros de Bagdad; pero esta vez no tuvo que esperar mucho al mercader de Bassorah que llegó acompañado de sus tres camellos cargados.

Llegó en seguida el Cadí, agarró por el ronzal á los camellos y los colocó en medio del camino, haciendo que los dos litigantes se pusieran de modo que los tres animales se hallasen entre ellos y el sol que iba á aparecer.

Amaneci6 por fin, y los camellos proyectaron su sombra cubriendo con ella los pies de Amina y de Nurredin, que llenos de sorpresa esperaban la resolucion de aquella escena muda.

—Nurredin, dijo el Cadí acercándose al mercader, ¿tú aseguras haber poseido en sueños las gracias de Amina?

—Sí, sabio Cadí.

—Amina, continuó dirigiéndose á la doncella, ¿es cierto que Nurredin te prometió, porque te entregáras á él, sus tres camellos?

—Sí, virtuoso Cadí.

—Pues bien: tú Nurredin, quédate con la sombra del placer. Y tú Amina llévate la sombra de los tres camellos.

## EL NIÑO MIMADO.

### EL CORRECCIONAL.

(CONTINUACION.)

Dejamos, querido lector, al desventurado Carlos bajo el pestillo del correccional.

Conviene para la clara ilacion de nuestra historia, recordar que el desgraciado mozo «la primera impresion que sufrió al penetrar en los muros de Cádiz, fué de alegría, la segunda de vergüenza». Por esto podemos creer que aun conserva en su corazon un resto de sensibilidad, y que esa sensibilidad podrá llevarlo al conocimiento de sus errores, y por consiguiente al camino de la virtud.

Pero se nos ocurre un lastimoso pensamiento, y es el de preguntar: ¿este corazon pervertido, si lo hiere el arrepentimiento, tendrá medios para cultivarlo en el destino á que lo han llevado las severas leyes?

Nos podrán objetar que los mártires mueren entre las desalmadas turbas. Pero podremos replicar ¿es dado á todos ser Santos? La respuesta es obvia: así nos proponemos analizar lo que la ley llama correccional.

En la mayor parte de los correccionales del mundo, han tenido los confinados ó un exceso de ocio, ó un exceso de trabajo. El primer exceso ha servido de escuela de maldades, el segundo de plantel de mártires pecadores.

¿El confinamiento de un infeliz, á quien tentó la maldad, es el alarde del poder? ¿la venganza de la sociedad? ¿ó el correctivo del crimen?

Si al bandolero se le prende en el camino y se le pone en un encierro y allí se le mantiene con otros de su clase sin trabajar, hace el papel del tigre que se lleva á una casa de fieras, y hé aquí el alarde del poder; si se le destina á un trabajo que le ha de llevar al sepulcro, es la cruel venganza social.

¿Dónde puede hallarse el humano correctivo del crimen? En utilizar estos miembros mal avenidos al bien, con un trabajo provechoso para el erario, y útil para ellos mismos.

La mayor parte de los criminales ¿dónde bebieron la cicuta del mal, sino en la falta de

educacion y en el seno de la molicie? Si se les deja en su estado salvaje, ó en su molicie viciosa, la ley no habrá hecho mas hazaña que la de costear escuela de maldades, y la de encadenar por algun tiempo una fiera, que ha de salir á libertad en su día mas maestra en sus asechanzas, y con mas sed vengadora.

Se vengará colérica, se volverá á encerrar: ¡vergonzosa y funesta parodia de los bedeles de colegio con los chicos traviosos!; causa de los muchos males crueles que castigan á la humanidad; burla de la sociedad pacífica que descansó en las leyes; reto insolente del delito, escapido en la diadema de la ley.

Me parece oír responder á mis reflexiones, á algunos impugnadores de oficio: «El autor del niño mimado hablará de épocas remotas: el adelanto de nuestro siglo felizmente ha llevado su mano sobre estos objetos. ¿Quién le ha dicho que se le deja en el ocio al confinado? que salga á los caminos y se encontrará desmentido: si el trabajo bien distribuido puede corregir, como dice, á los criminales, ¿cómo no se consigue, existiendo la buena distribucion de ese trabajo?»

Como interesado me toca responder con algunas reflexiones. No sé cómo estén los presidios en otras provincias, solo puedo hablar de la nuestra: tiene razon mi impugnador; he visto por los caminos trabajando á esos miserables, pero se me ocurren estas preguntas: ¿sirve por ventura de correccion al crimen, el trabajo por muy proporcionado que sea en un arrecife? ¿Sacando á esos desventurados á la pública vergüenza, se consigue moralizarlos? Lo que se consigue es que pierdan la que les queda, y que se tuesten á los rayos del Sol. Al hombre que se le obliga con mengua de la humanidad á cruzar una ciudad, arrastrando una cadena, es decirle: «si abrigabas en tu pecho un destello de pudor, es preciso que lo pierdas.» El primer día de su salida pasa por el lado de sus amigos y se ruboriza: al segundo, los mira y los saluda; y al tercero, tiene á gala el sonar el grillete que lo aprisiona. El confinado debe morir para la sociedad, y vivir para las artes: ¿quién dice que los presidios no pueden tornarse en talleres? ¿acaso los confinados no saben hacer mas que llevar carros de piedras ó apisonar zahorra? ¿Quién puede negar que la mayor parte de ellos se dedicaron á las maldades por ignorar la gloria de las artes? ¿y quién se atreveria á profetizar que estos hombres en-

tregados á la laboriosidad, no abandonarían el camino de la pereza y de la maldad, teniendo ante sus ojos el de la gloria? Ellos mismos le enseñan á los legisladores esta fructífera senda, viniendo en los caminos sus ingeniosos primos.

Si á los desgraciados que entran sin mas ciencia que la de la vagancia en un lugar de correccion, cumplida su condena volvieren á la sociedad con la riqueza de una profesion y el orgullo de un arte, es seguro que preferirian empapar con sus sudores el formon del artifice, á teñir la traidora navaja con la sangre del ciudadano. Pero nos hemos engolfado mas de lo que creíamos en las consideraciones que nos ha ofrecido un correccional.

Nuestras voces son muy débiles para que lleguen á producir ecos felices. ¡Dichoso el que alivia los males de la humanidad! triste del que por descuido ó indiferencia la deja sufrir sus males!

Nuestro pobre Cárlos ha tenido una noche cruel, el siguiente dia lo ha pasado sin tomar alimento: desde la ventana de la sala de su prision, mira con imbecilidad el movimiento del mar y el vuelo de los vencejos en derredor de las torres de la parroquia donde fué bautizado. Los últimos rayos del Sol se han reflejado en una lágrima que ha rodado por su tostado rostro, y el último jemido del aura de la tarde le ha robado un suspiro.

Borrascas de dolores hay en su corazon. ¡Pobre Cárlos! no desesperes que entre las tempestades luce el iris de paz. J. S. P.

## TEATRO PRINCIPAL.

La gran novedad que ha habido esta semana en el Teatro Principal, ha sido el Otelo, partitura del inmortal Rossini. Se entendié novedad para la nueva generacion que no habia disfrutado de tan hermosa música, pues para otros habra sido una verdadera antigüedad.

Como quiera nosotros confesamos francamente que oimos siempre con el mayor agrado la música de Rossini, y aun con mas que la de otros célebres maestros; porque para nosotros lo verdaderamente bueno es hoy lo mismo, que lo fué ayer y lo será mañana.

La ejecucion en el concepto de los inteligentes no fué muy esmerada la primera noche; oimos de-

cir que se notaba la falta de ensayos: tal vez fuera la causa las dolencias de la prima donna.

Se esforzó esta por complacer al público: cantó en el primer acto con energia y sentimiento un aria tomada de la *Eleonora*, partitura de Mercadante: esta pieza ingerida en el Otelo, y sustituyendo á los recitados que se suprimieron, agradó generalmente y valió á la señora Vittadini muy merecidos aplausos, aun cuando siempre reprobamos la insercion de piezas, que no tienen la menor analogia con la situacion en que se hallaba la heroína en aquel momento. Tambien estuvo feliz en la romanza del tercer acto, sin embargo no recibió por parte del público la misma recompensa. Hemos advertido esta vez que sus modales no han sido tan bruscos y violentos como otras veces; quizás haya escuchado los amistosos consejos de la *Tertulia* y de la *Moda*, sin embargo todavia no son sus maneras tan suaves como seria de desear.

En cuanto al Sr. Berger, debemos decir con la franqueza que nos es propia que en esta ópera nos ha agradado mucho mas que en la Norma. Se conoce que el papel de Otelo esta en su cuerda. Cantó con maestria y desenfado. Estuvo felicísimo en el aria del primer acto, donde arrancó justos y unánimes aplausos.

Tambien seria de desear que este cantante se corrigiese un poco en sus maneras y ademanes, que suelen ser demasiado violentos, lo cual destruye algun tanto el buen efecto de su estensa voz.

Respecto al Sr. Carrion, repetimos lo que otras veces ha dicho la *Tertulia*; que su voz dulce y melodiosa se oye siempre con placer sumo; especialmente el sentimiento con que canta, y sus modales delicados es lo que mas atrae la simpatía que el público ha manifestado hácia este actor. No obstante, en el Otelo no es donde mas han brillado sus distinguidas facultades; pero tambien es cierto que en esta ópera habia para este tenor mas trabajo que lucimiento.

Las demás partes procuraron llenar sus respectivos papeles, y es cuanto podia pedirseles.

Antes de concluir debemos advertir que el público echó de menos el final, que sin saber por qué tuvieron á bien suprimir, dejandonos á oscuras del desenlace y privándonos del placer de oír un hermoso coro y una pieza entera. No en vano algunos zumbones, notando que no bajaba el telon, decian que no queria obedecer las órdenes de su gefe, porque sabian que eran mal dadas.

No obstante hemos oido decir que en Madrid se ha hecho repetidas veces igual supresion, pero no es este motivo suficiente para que se prive al público del placer de oír una pieza, ni para que se mutilé de esta suerte las obras del inmortal Rossini.